

**ENTIERRO DEL P. ALEXANDRE M. OLIVAR**  
**Homilía del P. Abad Josep M. Soler**  
**3 de octubre de 2018**  
**Jb 19, 1.23-27; Sal 24; 2 Tim 2, 8-13; Jn 6, 51-58**

Estimado Sr. Arzobispo, queridos hermanos y hermanas:

El fragmento evangélico que acabamos de escuchar está centrado en el sacramento de la Eucaristía, y con unas expresiones muy realistas. Comienza hablando de *pan* y continúa hablando de *carne* y de *sangre*. De *comer la carne* y beber *la sangre* de Jesús para tener *vida* y comunión con él ahora, mientras estamos en este mundo, y para tener *vida eterna*, para vivir para siempre más allá de la muerte. Al decir que el *pan es bajado del cielo*, nos muestra la relación estrecha que existe entre la encarnación del Hijo de Dios, la salvación del mundo por la muerte redentora de Jesús, y el hecho de comer su *carne* y beber la su *sangre* y de tener vida ahora y para siempre. A los que se adhieren a Jesucristo por la fe y por la participación en el sacramento de la Eucaristía, les es dado compartir la vida que él posee y tener en su interior el fermento de la resurrección después de la muerte.

A los que por el bautismo hemos sido incorporados a Jesucristo convirtiéndonos así en compañeros suyos en el camino de la vida y participantes en su suerte, cuando celebramos sus misterios en la liturgia, nos es dado vivir un intercambio de vida. Nosotros le ofrecemos nuestra existencia desde nuestra pobre realidad y él nos otorga su vida divina y la prenda de la vida eterna. Desde esta perspectiva, podemos decir que, para el cristiano, la muerte es el momento fuerte de la configuración, de la identificación, definitiva con el Señor y Redentor.

La segunda lectura lo decía con otras palabras. *Si morimos con él, Jesucristo, también viviremos con él*. En él, *Dios nos da* la posibilidad de tener la salvación y la gloria eterna. El potencial de transformación interior que tiene la celebración de la Eucaristía, sin embargo, se debe traducir en la vida concreta con las dificultades que conlleva. Por ello, el Apóstol hablaba de ser constantes en las *pruebas* y dificultades, gracias a la fuerza de Cristo, para poder reinar después con él.

Nos hace bien considerar las palabras sobre la Eucaristía que hemos escuchado en el Evangelio según San Juan. Nos hace bien de escucharlas concretamente ahora, ante el féretro de nuestro hermano que acaba de adentrarse en el misterio de la muerte después de muchos años de vivir sacramentalmente el misterio eucarístico. El P. Alexandre quería vivir centrado en el misterio de Jesucristo tal como nos lo hace vivir la celebración de la Eucaristía y la Liturgia de las horas. Los largos años de celebración diaria de este misterio le había permitido tener una vivencia espiritual profunda. Ciertamente, Jesucristo era el centro de su vida espiritual, y se quería dejarse llevar conformando por la liturgia de la Iglesia para que poco a poco lo fuera transformando interiormente. Podríamos decir que el P. Alexandre ha sido hombre de la liturgia vivida al tiempo de la liturgia estudiada científicamente. Porque, sus dos grandes ámbitos de especialización han sido la liturgia y los Padres de la Iglesia. De hecho, supo hermanar existencialmente en su persona el monje, el intelectual, el liturgista y el patrólogo.

El P. Alexandre se llamaba Luís de nombre de bautismo. Y nació en Barcelona el 1 de febrero de 1919. Por eso hace cosa de un mes me pudo decir que daba gracias a Dios porque su corazón ya hacía cien años que latía. A los 13 entró en nuestro monasterio. En donde profesó en 1935. Durante la guerra civil, pudo salir del país y continuar los estudios eclesiásticos, primero en el monasterio alemán de María Laach y luego en el

de Maredsous, en Bélgica. Allí tuvo ocasión, además de estudiar, de profundizar su vivencia de monje y su espiritualidad litúrgica. Vuelto a Montserrat, profesó solemnemente en 1940 y recibió la ordenación presbiteral dos años después. Más tarde pasó a Salamanca donde obtuvo la licencia en teología. Nuevamente en Montserrat, fue profesor de historia de la Iglesia antigua, de patrología y de liturgia, además de bibliotecario durante una temporada. Del 1953 al 1958 fue superior de la comunidad de El Miracle. Durante un tiempo residió en Roma como secretario del Cardenal Anselm Albareda y, más tarde, volvió como asistente del Abad Presidente de nuestra Congregación Benedictina.

El P. Alexandre ha publicado varios libros y artículos científicos sobre liturgia y patrología así como también de divulgación. Se especializó en San Pedro Crisólogo, un padre de la Iglesia del s. V, y fue su editor en la colección "Corpus Christianorum" y el traductor al catalán en la colección "Bernat Metge". Se ha convertido, también, una obra de referencia su volumen sobre la predicación cristiana antigua. Sus trabajos le dieron un nombre reconocido internacionalmente y le proporcionaron muchos contactos. Esto propició que fuera consultor del Consejo que llevó a cabo la reforma litúrgica después del Concilio Vaticano II y, más tarde, experto de la Congregación para el Culto divino. En Cataluña, fue miembro las comisiones interdiocesanas para la traducción de los textos y del calendario litúrgico. Formó parte, también, de diversas instituciones científicas y culturales de nuestro país y de fuera; entre ellas la Sociedad Catalana de Estudios Litúrgicos, filial del Instituto de Estudis Catalans, la sección histórico-arqueológica del mismo Instituto y la Real Academia de Buenas Letras. Hace un año, el Ateneo Universitario San Paciano le otorgó el doctorado honoris causa. Si hoy recordamos todo esto es para dar gracias a Dios por este trabajo fecundo en bien de la Iglesia y de la cultura. El P. Alexandre no se enorgulleció nunca. Lo vivió siempre como respuesta a la vocación monástica y a la misión de Montserrat. Y, con su humor tan fino, lo sabía relativizar sabiamente. Era un hombre educado y de conversación amable.

Esperaba con ilusión poder celebrar el centenario de nacimiento, pero también estaba bien dispuesto a que el Señor lo llamara antes, tal como ha sido a causa de las complicaciones posteriores a un accidente fortuito. Algunas veces me había hablado de la muerte. La veía cercana debido a la edad. Y, después de haber superado alguna inquietud, la afrontaba desde la fe, poniendo en manos de Dios, que es rico en el amor, toda su vida, con lo bueno y con lo de pecado que pudiera haber habido. Además, por parte de él, se sentía reconciliado con todo el mundo y eso le daba mucha alegría y mucha serenidad.

En agosto del año pasado, celebró los 75 años de ordenación presbiteral. En el recordatorio para la ocasión, quiso poner una frase del salmo 101, que él repetía a menudo en su oración. Es un texto un poco sorprendente para un jubileo de ordenación. Pero él lo leía y el rezaba desde la perspectiva de su edad avanzada y de la muerte cercana. Se trata de una alabanza a la eternidad de Dios, del reconocimiento de él como creador de cielo y tierra, de la constatación de la finitud de las cosas creadas y concretamente del ser humano, pero también del atisbo de una nueva creación: *Se gastaran como la ropa, serán como un vestido que se muda. Tú en cambio, eres siempre el mismo, tus años no se acabarán* (Sal 101, 26-28, Vulgata). Ofrezcamos ahora la Eucaristía para que Dios, cuyos años *no tienen fin*, después de que el P. Alexandre ha gastado físicamente su vida y ha experimentado la muerte, quiera "cambiar", transformar su persona y le otorgue la *vida* nueva que viene de la resurrección de Jesucristo. Una *vida* de la que el P. Alexandre participó en la celebración litúrgica del misterio Pascual, de un modo particular en la Eucaristía, en espera de ver cara a cara a Cristo resucitado.